Vicente Sáenz
Bucareli 12 Desp.509.
México,D.F.

A.P.C.E.
SIG.: 2.1/2.208-b.

México, D.F., 15 de diciembre de 1942.

Señor Carlos Esplá,
Ex Ministro de Propaganda
de la República Española,
Ejido 9, sexto piso,
C i u d a d.

Cuando ciertos hombres se dedican a grandes negocios financieros, suelen no enterarse de lo que ocurre en otros planos. Me permito enviar a usted, por consiguiente, un ejemplar de cada uno de mis últimos libros en defensa de su patria, titulados "España Heroica", "Guión de Historia Contemporánea" y "Cosas y Hombres de Europa". Casi un millar de páginas. Tamaño cuádruplo mayor. Papel de buena calidad. ¡Y he podido hacer todo eso sin el auxilio de ningún Ministerio español de Propaganda!

Recordará usted que en diciembre de 1936 y en el primer trimestre de 1937, sin el respaldo tampoco de ningún Ministerio español de Propaganda, dediqué dos números extraordinarios de mi revista "Liberación" a la causa que entonces combatían, acá en América, casi todas las fuerzas reaccionarias, los gachupines, los abarroteros, e incluso gran número de diplomáticos peninsulares, quienes iban traicionando, uno tras otro, al Gobierno constitucional de don Manuel Azaña. Simultáneamente, por mi cuenta y riesgo, logré organizar la reproducción constante de mis artículos sobre la realidad de España, que pude yo palpar en los primeros meses de la guerra, en doce revistas y treinta periódicos hispanoamericanos de gran circulación.

Toda esa labor fué después recopilada por varias organizaciones de trabajadores -sin apoyo ninguno de usted ni de su Ministerio de Propaganda- en el primer libro orientador que se hizo en América sobre la tragedia española, y que llevó por título "España en sus gloriosas jornadas de julio y agosto de 1936". De ese trabajo hicieron una segunda edición en Chile el gran poeta continental Pablo Neruda y la escritora de su país de usted, María Zambrano. Se distribuyeron en total, de la edición de Costa Rica y de la edición chilena, 40,000 ejemplares. No cobré derechos de autor. Su Ministerio español de Propaganda no pagó siquiera los gastos de correo.

Dos meses después se imprimía también ese libro en la Unión Soviética, traducido al idioma ruso y a otras lenguas de aquella gran nación. Tampoco cobré derechos de autor. En esa forma, con lo que yo tenía, con lo que me era posible dar, estaba un escritor hispanoamericano contribuyendo a que se conociese la tragedia del pueblo español en distintos lugares del planeta.

Se publicó posteriormente en Nueva York "España Heroica".¿Recuerda usted, como Ministro de Propaganda, si se le pidió algo, o si contribuyó en alguna forma para la edición y distribución de ese volumen? Será bueno informarle que quienes respaldaron decididamente dicha obra fueron don Fernando de los Ríos y los abnegados, humildes y laboriosos trabajadores de las Sociedades Hispanas Confederadas de los Estados Unidos.

En mi segundo viaje a España, con motivo del Congreso Mundial de

Escritores, se publicó en Valencia otro número extraordinario de mi revista "Liberación" con las más impresionantes fotografías que pude yo mismo seleccionar en el Ministerio a su cargo. Integra obsequié la edición a su Gobierno, para que se distribuyera profusamente en todos nuestros países, hasta los cuales únicamente llegaba la propaganda nazifascista, dirigida por el señor Goebbels desde Berlín. Su Ministerio aportó el papel e hizo los gastos de impresión, estando usted conforme en que por lo menos se me cubrieran los gastos de permanencia en España. ¿Será esto lo que hoy sirve de base para decir que es "muy discutible" lo que hice yo en defensa de su patria? ¡Miseria humana!

Publicó al cabo de pocas semanas Gabriel García Maroto, Jefe del Departamento de Propaganda del Ministerio de la Guerra, en folleto de lujo, mi llamamiento a Hispano América "El Resplandor de España", tomado del número hecho en Valencia de la ya citada revista "Liberación". Tampoco cobré derechos de autor, pues preferí dejar todo el producto de la venta a beneficio del ejército y de los milicianos españoles, ayudando así una vez más, con mi trabajo y con mi esfuerzo, a la causa del pueblo de su patria.

Volví a España en 1938, cuando ya don Julio Alvarez del Vayo se encontraba al frente del Ministerio de Estado. Tuvo ese nuevo viaje por objeto, según podrá usted constatarlo, hacer una segunda edición de "España Heroica", en cantidad no menor de 100.000 ejemplares. Los arreglos del caso se llevaron a cabo con Ediciones Españolas y con los talleres Sopena, de la ciudad de Barcelona.

Con la ínfima suma que esa edición produjo -convertidas a dólares las pesetas- apenas pude hacerle frente a obligaciones contraídas durante dos largos años de intensa labor editorial, en la que su Ministerio hubiera tenido que invertir sin duda varios millones de pesetas.

Encontrándome en Barcelona, mientras dirigía la segunda edición de "España Heroica", me pidió el Ministro de Estado, don Julio Alvarez del Vayo, que le prestara mi cooperación para organizar debidamente la propaganda en América, tan descuidada y tan mal orientada hasta esa fecha, porque los políticos españoles sólo tenían puestos los ojos en el resto de Europa, sin darle mayor importancia a lo que se pudiera hacer en este lado del mar.

Asumí desde luego la delicada posición de colaborador especial del Excelentísimo señor Ministro de Estado, pero con la condición expresa de que mis servicios fuesen ad-honorem. Pongo a disposición de usted el nombramiento respectivo y mi respuesta, para que pueda enterarse de mi "dudosa actitud" en España. El señor Alvarez del Vayo estuvo al fin de acuerdo en aceptar mi punto de vista, siempre que también estuviese yo de acuerdo en ser huésped de la República. No podía rechazar el que esto escribe tan honrosa distinción, considerando, por otra parte, que siendo las erogaciones en pesetas depreciadas, y poco afecto su servidor a comidas suculentas, no habría de sufrir menoscabo el fisco español. Parece ocioso agregar que mientras yo daba en esta forma mi contribución a España, políticos y diplomáticos españolísimos percibían sueldos y honorarios por supuestas propagandas, a base de francos oro, de dólares y de libras esterlinas.

Pude hacer lo que hice, y ayudar de mi peculio de la mejor manera posible, porque deseaba dar una lección de ética a quienes sólo piensan en el lucro y en acumular riquezas. Para mí, agotados mis recursos

personales, abandonada mi empresa, puesta mi producción intelectual a la disposición de España, no había más preocupación que el cumplimiento de lo muy poco que aún se debía a imprentas y a distribuidores. Para eso alcanzó con mis derechos de autor de la segunda edición de "España Heroica", y con hacer mis viajes en tercera clase, de modo que con lo que pudiera economizar tuviese yo lo indispensable para seguir ayudando a la República en los Estados Unidos, Cuba, Panamá y otros países, en donde logré que se efectuaran grandes mítines en homenaje a la heroicidad de nuestra madre patria. De ese modo, en humildes camarotes de inferior categoría, invertí hasta el último centavo de lo que me entregó, como a todos los demás escritores que asistieron al Congreso de Madrid, de Barcelona y de Valencia, la Liga Mundial de Intelectuales en Defensa de la Cultura.

¿Ignoraba usted estas cosas? ¿No desempeñaba Su Señoría el cargo de Ministro de Propaganda? ¿No le informaron los periódicos ni las legaciones españolas acerca de mi actuación en los países arriba mencionados? ¿Podría usted asegurar, entonces, que lo que yo he hecho por España implica una "actitud dudosa", o que persiguiese fines personales o beneficios ulteriores? En ese caso no seguiría yo defendiendo con la misma lealtad y con el mismo entusiasmo a los caídos, a los abandonados en los campos de concentración, a los que no tienen nada que ofrecerle a nadie, sino su dolor, su desesperación y su miseria. Estaría, lógico es suponerlo, con los que tienen el poder y el dinero para premiar adhesiones y hacer acopio de buenas voluntades.

¿Pensará usted, tal vez, en mi intervención para que se arreglara en forma conveniente para España y para Costa Rica el complicado empréstito de las Cédulas Hipotecarias, adeudo de mi pequeña patria con un grupo de banqueros de su país? A su disposición, de igual manera, está toda la correspondencia, postal y cablegráfica, que desde San José, y posteriormente desde Valencia y Barcelona, escribí sobre el particular. Mi empeño constante no fué otro sino el de procurar que ambos pueblos saliesen beneficiados, que se evitaran intermediarios o comisionistas, y que el arreglo se pudiera hacer directamente de Gobierno a Gobierno, o por medio del Banco de España y el Banco Nacional de Costa Rica.

Me es satisfactorio proclamar a pulmón lleno que también en este caso renunció el suscrito a percibir el más mínimo honorario, incluso si otros intereses, que mucho han venido medrando con esos valores, no hubiesen echado a perder la operación que el Secretario de Hacienda de mi país ya estaba de acuerdo en aceptar. Lo que sucedió con las referidas Cédulas es capítulo bien triste, al que prefiero no referirme en esta carta, que ya se hace extraordinariamente larga. Copias de toda mi intervención al respecto tiene en su poder, además, el Banco Nacional de Costa Rica.

Le he escrito en forma tan extensa, muy a mi pesar, con motivo de ciertas versiones dirigidas a dañar mi reputación en círculos oficiales de esta tierra mexicana, que he considerado siempre como mi segunda patria; y con motivo, por añadidura, de la publicación hecha en "Ultimas Noticias" de Excelsior, el 11 de diciembre en curso. Me imagino que un hombre de su talla es ajeno a tales intrigas. Pero como da la casualidad que usted radica en México; y como también viven en esta capital ciudadanos españoles que tuvieron conocimiento de mi labor y de mi conducta en España; y como da igualmente la casualidad que usted fué Ministro de Propaganda, no sería remoto que hubiésemos de llegar a lo que aquí se llama "absolver posiciones".

No tendría ello más objeto que definir una ética, incomprensible para los que no tienen ninguna, evitando así que gentes amorales de otras latitudes pretendan enturbiar la vida y la obra de hispanoamericanos dignos de consideración y de respeto. Nadie como usted para poner las cosas en claro, tomando en cuenta su hombría de bien que prefiero no poner en duda.

Vicente Sáenz